

# Héctor Libertella

## NÍNIVE, 1853



“A quí no puede hacerse un sitio al pie...” De cuantas frases se mal versaron de las traducciones de Sir Rawlinson, ésta fue la peor usada en los colegios de Europa. Por no saber cómo disponer de ella, algunos discípulos subieron la montaña con sus instrumentos y equipos de lectura, y cayeron en un pozo mortal. Des cifrándolo en número de diez a doce personas, a otro grupo lo imaginé sentado en los cómodos sillones de la Biblioteca Británica: no queriendo ni hallando cómo moverse de sitio en la frase, empezaban a dar vueltas en redondo con que aquí no hay ningún sitio que tenga pies, o bien allí de pie nadie ha sitio y acá sí.<sup>1</sup> Elevé mi cabeza sobre los ayudantes de Flandin: en una mesa recorrían ida y vuelta la traducción francesa buscando dónde estaba el error. Ellos tampoco querían traspasar los bordes de la frase y se perdieron así el beneficio de una pingüe salida a la montaña. Otros arqueólogos se despeñaron en la grieta de sus propias dudas: no pudieron a firmar nada al pie y son los anónimos que desconozco.

Y como si mi lar fuera el origen de sus errores, en mi hogar asistí a idénticos asuntos durante todo el tiempo de la excavación. Viniera el interés de los franceses o del mismísimo Sir Rawlinson, ellos buscaban por igual de dónde extraer jeroglíficos. Un servidor, Rassam, encontraba tablillas en la oscuridad, y aunque fueran de cochura frágil se las ingeniaba para coserlas y sacarlas unidas a la luz del día. Si digo verdad, en esas costuras siempre quedaban involuntarias fallas por donde los especialistas perderían el hilo. De los dibujos de guerra había gran cantidad y desorden. Tantas y como iban saliendo, las tablillas formaban un amplio mural sobre el piso y eran la joya perfecta, en el ojo de esos anticuarios... Al cabo de unos días, Sir Rawlinson pasaba por escrito el resultado de sus pesquisas, y revivía para sí viejos preparativos de guerra:

**Veo que antes de la batalla el Rey se poné a la cabeza de su ejército de cien mil caballos y los organiza con el mando de cada diez hombres para un oficial y para cada cien, mil y diez mil, respectivamente, cosa de que cada diez de los que mandan diez reciban sus órdenes de aquél que dirige cien aunque, de éstos, curiosamente, cada mil del que manda cien y cada cien de estos últimos de aquél que manda diez cerrando el círculo, para que nadie críe soberbia y aparezca sólo El con claridad absoluta en medio del zafarrancho.**

Lo único claro es que los europeos buscaban armarse de alguna certidumbre, tal vez para disimular la desconfianza

<sup>1</sup> Acá por pie y aquí sólo puedo pensar que traducen pie de página.

que les provocaban tan redondos cálculos. Y yo, que aquí cuento, era muy responsable del error general por haber entendido en su tipo y letra las instrucciones torcidas de los copistas: *usted, Rassam, debe sernos útil: saque los grabados y dispóngalos en el suelo a la redonda, para que no nos molestemos los unos a los otros con codazos.*

Así cumplía Rassam con los ingleses, fielmente: bien pronto hacía blanco en sus deseos como en eso los dislocaba. Del lado francés era un vivo modelo de la estirpe asiria: todo el día buscaban hablarme para descubrir de antemano qué añejas razones y qué trucos poner en sus estudios. En cuanto al turco Rassam, de tantas vueltas sobre su raza sólo tendría que repetir “¡aquí no puedo hacerme un sitio con el pie!”, para devolverlos con lo suyo. Algo había de ida y vuelta en ese intercambio: que también ellos me devolvían con lo mío y despertaban mi atención en sus trabajos, por más cómicos o confusos. *El arte del mirón*, diría de mí Sir Rawlinson, pues todo eso era para ellos, a poco que me perdiera en sus papeles: este mirón desorbitado, un comicón fundido en sus escritos. De allí que muy sospechosa se fue haciendo mi curiosidad, cada vez que los copistas leían los diarios informes de su maestro:

**Por lo hallado en los nichos 112 bis y 113 entiendo que en el combate todos avanzan juntos tal y como han sido situados, y quien se adelanta en su fila es castigado gravemente a menos que haya una fuga general, ya que en este caso una parte sigue a los que huyen y los matan con sus flechas mientras la otra parte combate con los que se quedan (?) creando así el caos y matando más de los que combaten que de los que huyen, con lo que pocos hombres sobreviven y estos pocos gracias a su fuga —involuntaria, porque reciben luego pena de muerte por desertores y nadie quedará para contar algo de todo aquello.**

De tal asunto no era Rassam culpable, esta vez, pero sucede que ellos levantaban los ojos desvariados de sus papeles y se encontraban de lleno con los míos, tan filosos por la avidez de saber algo que bien pronto se sentían amenazados por mi mirada de turco, y recelaban no salir con vida para contar algo de todo aquello.

Conocido el desastre de estos expertos, hacia las fiestas de marzo París les envió un aliado: el dibujante Flandin, encargado de fijar sobre papel el fárrago de dibujos de modo que los franceses se abocaran por fin a una sola interpretación. Si el interés por los asirios había nublado tanto los ojos, alguien debía atravesar esa nube con su mirada para rescatar de la tiniebla a los copistas. Y en esto, Flandin tenía fama de insuperable, como que decía venir de

la antigua Asociación de Asiriólogos, o por lo que se le alcanzó a escuchar en medio del festejo, también de la de Iriólogos, tan bien asociada: a lo mismo, pues una y otra cosa coincidieron en él cuando llegó y las dos casualmente con algo que los distraía ese día. Era una rara estampilla donde el Rey asirio aparecía sentado en el último anillo sobre el zigurat, y desde allí veía abajo nuestro desfile en su honor y decía: "a éstos la diversión los une, tienen piernas para arrastrarse ante mí, muchas manos para saludarme y dos ojos abiertos para ver, ¡y claro!, Yo soy distinto porque me en ojo: mi ojo que ve ve que todo lo aburre, el Ojo perfecto es el que no ve, yo no quiero ver nada salvo mis ganas de apretar bien los párpados y di vertirme en lo oscuro", mientras nuestra comparsa le desfilaba abajo con los hombros aplastados de monumentos y edificios, para que El gozara de lo suyo, y esta vieja escena empezaba a revivir en la lupa de Flandin, celebrando en carnavales su llegada.

Pero ya mismo instalo a este hombre en su lugar: el Club de Excavadores de Nínive, una suntuosa carpa en la cual se con fundían, por el corte, los terciopelos y el re pliegue de las lenguas: super puesto todo, de lujo. De forma que, como allí ensayaban anécdotas y chistes para descansar del trabajo, entre el aroma de los tabacos y el sabor del café turco también unos y otros cruzaban y deformaban sus argumentos para competirse. Casualmente había surgido una querrela en Kuyundschnik, donde tenían repartida la colina en mitades, la mitad norte excavada por los franceses y la mitad sur por los ingleses. Pues bien, esa misma semana de marzo, después de penetrar en terreno francés por galerías abiertas en secreto, el servidor Rassam se apesionó de magníficos relieves, saqueó el campo invadido y llevó todo a su casa dispuesto a probar el arte de la negociación, por juego... Para conquistar ese botín, Sir Rawlinson explicaba cómo había aceptado mi desafío: *llegué el primero allí y le di medio saco de té que me había traído de Londres y, tras haberlo mirado, me pidió otro diciendo ¡que un hombre no entra en una casa sobre un solo pie!, a lo que sólo pude contestar con mi ingenio picado. Salí y volví con sotana y me excusé ante él de que, siendo monje, no teniendo ni recibiendo ni usando nada precioso, no podía ofrecerle más té a cambio, porque habiendo renunciado a todo bien personal no podía ser portador del bien ajeno.* Con lo cual, efectivamente, así me con venció su oratoria, por cor té, y para aprovechar de paso ese té di a él lo que me pedía y para mí él me dio saco. Como justo resultado, mis hallazgos en los palacios de Sanherib y Asurbanipal —del lado francés de la colina— no fueron al Louvre sino calladamente a Londres.

**E**stos alardes y otros de tipo sexual, de los que hacían gala los ingleses en el club, vinieron a reunirse en Flandin ni bien tuvo en turno presentar su venganza. *A éstos les preocupará cómo descifrar tantas tablillas, y cuánto pueden significarles, según lo que adivino por sus costumbres. Ya contesto: que nosotros deberíamos ser más modernos y controlar el uso que se haga de ellas, que por el uso mañana nos daremos cuenta de su valor real.* De tal suerte se echaba la investigación, bajo un solo intérprete y un único método casualmente ajustado a los hábitos solitarios de Flandin quien, efectivo de mente, a los pocos días empezó a copiar tablillas y reliquias en rollos envaginados, para que los discípulos probaran el uso real que pudieran tener sus instrumentos. Hacia la tercera semana de junio él mismo violó la tumba de la reina Schubad donde, para dar una honda sensación de la cámara, vació varias momias de sus ricos adornos, colgajos de perlas lechosas, guarniciones de oro en forma de hojas, zarcillos en forma de media luna, incrustaciones de laminas de conchas con dibujos de incisión en los labios del papel. Todo lo iba recogiendo con

tanto ardor que sus alumnos no podían resistir la contemplación quieta de esos dibujos, y ponían la mano en reproducir exactamente aquellos objetos para mejor verlos, y moverlos... Bolitas y agujas de oro, cajetas re pujadas, vainas de cuero con gotas espesas del lápiz lázuli: cuando esos originales quedaron clasificados para su envío equitativo a los museos de Inglaterra ya estaban todos acabados y henchidos en el almacén de los copistas franceses, de modo que de tanto disfrutar con duplicados se hizo doblemente embarazosa la situación de Flandin y discípulos, y terminó en una sospecha sobre sus verdaderas inclinaciones.

Como iba lento el trabajo estas noticias llegarían tarde a oídos de Sir Rawlinson aunque bien rápido al de sus discípulos, que buscaron tener trato directo en el Club de Excavadores. Y como demasiado se habían hecho las frases al juego y muy poca era su eficacia, todo lo empujó a revisar complicadas gramáticas para encontrar un nuevo sentido a sus deseos, y otro algo más complicado en lo que dijeran. En fin, *el arte del comercio está en el de la lengua y en ese oficio tenemos antigüedad,* decía Flandin dando su con versión del asunto en una sola frase, des dicha para los ingleses, pues cada vez que una reliquia se preparaba y sellaba para su envío a Londres, torcía el camino y pasaba a las tiendas francesas, donde sabían cómo trocar las viejas redes por las modernas hiladas en París. Tanto y tal sería, que el más grande mural en disputa —lleno de cacerías regias de leones— fue comprado finalmente por unas miserables monedas, y en ese intercambio hasta el propio Flandin se avivaba... en su papel de iriólogo: *¿quién es el estafado aquí?, porque no es poco lo que yo pago por estas cosas. Veán este mural. Es una trampa: hace siglos le pidió al ojo de su pintor que depositara en él ese objeto parcial que es la mirada, la cual sólo se dio en parte con el pincel sobre la arcilla para que yo ahora dé a luz la mía, completa, ante el ojo del pintor. En esa operación, es claro, el cuadro me está pidiendo Todo, salgo perjudicado, ¡y encima debo pagar para llevármelo a casa!*<sup>2</sup>

Con tanta utilidad duplicaban los franceses su codicia como reducían a mitad lo que no les servía. Para ilustrarlo todo, pronto bastaron pequeños fragmentos de un grabado o medias tablillas arrancadas a escondidas para que ellos lanzaran su imaginación a completar las figuras faltantes, imitando con demasiada soltura el trazado original de la línea. Creo que en esta operación de agrandar y achicar lo que importaba casi siempre era el tamaño de sus baúles, pues alguna vez los vi acomodando allí sus falsas figuras, y arrojando al aire fragmentos de originales que para ellos serían una molesta carga. De estas medias tablillas, abandonadas en el apuro, luego iban a dar triste cuenta los informes de Sir Rawlinson:

**Encontradas por casualidad y limpiadas que fueron por mí unas tabletas, vi allí una masa de dibujos con mutilados cuerpos. Ubicados unos con otros en sus respectivos huecos, parecen ser los legendarios kirguises, medio hombres monopédicos que iban siempre a la retaguardia del ejército. Por lo que ahora confirmo, apenas presentan aspecto humano, a no ser porque tienen un solo brazo con una mano en el centro del pecho, y un solo pie. Me parece que se colocan de dos en dos para tirar del arco y corren tan de prisa que los caballos no pueden atraparles. Corren sobre un solo pie, saltando, y cuando están cansados de correr avanzan sobre la mano y el pie, dando vueltas casi en círculo, y cuando están cansados de dar vueltas**

<sup>2</sup> Es forzada traducción, pues en los pliegues franceses se perdió la competencia: "Du regard, ça s'étale au pinceau sur la toile, pour vous faire mettre bas le votre devant l'oeil du peintre".

vuelven a correr en la forma de antes, así en molinete para que el grueso de la tropa amiga pueda identificar fácilmente a los enemigos heridos, que carecen de esa ventaja y cojean torpes sobre el terreno, y pueda darles muerte sin error.

Después Sir Rawlinson me comentaría a brumado: *vea, Rassam, por más esfuerzos que haga, no me explico cómo estos monstruos habrán venido desde tan lejos, pues Isidoro de Sevilla los ponía en los desiertos al sur del gran país del Chingis-Khan. De manera que, si mi información es, como siempre, infalible, sólo me queda pensar que las preocupaciones y el insomnio hoy me están gastando una pesada broma.*



La anécdota precedente termina curiosa, pues tan estudioso como crédulo cayó en la trampa Sir Rawlinson que a continuación, y para esconder su vergüenza, hundió por varios días la cabeza en un párrafo sin que durmiera o probara bocado en todo ese tiempo, viniendo luego de no dados esfuerzos míos para entender qué le pasaba. Era la conclusión de aquella estampilla, donde nuestro Rey partía con su ojo a cuestas y decía: "este ojo me dio alerta y la otra mitad oculta la guardo para mi uso. Mi ojo es un molde vacío, ¡y perfecto!, porque el ojo vidente es el que no ve". Prolongando por esta línea su mirada, Sir Rawlinson releyó mil veces las palabras hasta donde lo permitieran sus ojos distraídos y, por la pura repetición, acabó agotándolos y agotando un punto más cuanto leía otra vez. Y aunque su triste aspecto fuera de duda, él iba a sorprenderme otra vez pues al quinto día, por el principio de aquella frase, me dio alerta, entrevió en su mitad oculta que alguien se guardaba medias cosas, con sus expectativas llenó luego el molde vacío, ¡y perfecto!, "porque el ojo vidente" le hizo e vidente la solución del problema: que alguien lo había estado engañando sin que él viera cómo ni en qué momento, pues tampoco comprendía esa rara dis tracción de palabras. Así llegó a sospechar que los franceses guardaban algo para su uso, y esto lo confirmó incrédulo: abandonó por fin el párrafo, llevándose como testigo penetró él mismo de noche en sus tiendas y quebrando un brazo en sus baúles, como los legendarios kirguises, descubrió allí las medias tablillas robadas, de donde no nos alcanzarían uno ni los dos pies de cada uno para perseguir por todo el campamento a los culpables.

Es todo en cuanto a aquel escándalo, y termino en él mismo porque luego todos volvieron al trabajo. En cuanto a los copistas, ya devuelvo las manos a sus cuerpos y las re pongo en sus lugares: también yo quiero pintarlos con mi mejor pulso. Triunfante como estaba la des-

confianza, ellos se acomodaron a detalles por extremo ilusorios para no ser engañados en realidad. Y eso aumentó su desamparo. Y en cuanto al turco Rassam, tanto creció en protección sobre todos esos perseguidos que ya estaban dispuestos a regalarle con los atributos e historias que producían sin cesar. Agazapado junto al fuego, leía yo de noche lo que graciosamente me otorgaban a cuenta de mi pueblo: invenciones de grueso caletre que pasarían por ser un manual obligatorio en los colegios de Europa. Y como tamaña responsabilidad me tocaba durante la noche, durante los días siguientes prefería yo mismo retocar tablillas o rellenar las pinturas de guerra, antes que dejarles huecos por donde volvieran a poner los ojos en blanco. Todo lo cual fue otra imprudencia, porque ellos perdían de vista el objeto auténtico de sus estudios y se demoraban en las figuras piadosamente fraguadas por mí:

**Parece que antes de trabar lucha confeccionan figuras de cartón y las ponen sobre los caballos. Al frente del ejército van los cautivos, algunos de ellos y cantidades de estas figuras que desde varios lados distintos encierran y hostigan al enemigo para que, por muy numeroso que sea, se sienta rodeado por todas partes y crezca con fusión de tales figuras, desdoblándose o doblegándose fácilmente y siendo perseguido y matado en doble número aun que en el propio combate, sin que de ambos lados importe derribar ya sea a enemigos, cautivos o figuras de cartón, pues estas últimas son fácilmente duplicables mientras los primeros quedarán reducidos a la mitad, y si unos pocos consiguen vivir valen a su vez de reemplazo por los muertos, y las figuras de cartón por ellos, de modo que ya no nos preocupa saber quién es el vencedor sino cómo y en qué número se han traspasado de un bando al otro los combatientes, y por qué rara operación.**

De esto se hace evidente que eran ellos quienes se estaban traspasando con su propio modo de leer, por mejor ánimo que tuviera yo en avisarles el sentido de lo que veían.

Y a propósito de sus métodos de lectura, allí sí que "nadie podía hacerse un sitio con el pie". Colgados en cornisas sobre el precipicio, todos deseaban volver a sus cómodas bibliotecas. Con la ayuda de complejos instrumentos alargaban por telescopios sus ojos y los ajustaban con lupas, y así andaban sacando inscripciones de la roca. Es famoso en Behistún el lance que tuvieron Sir Rawlinson y Flandin, pues descubrieron una historia común de tamaño colosal: palabras esculpidas en nichos a seis mil pies de marcha sobre el fondo del valle. Para empezar el hilo de lo allí contado, ambos debieron desgarrarse y trepar sucesivos escalones de más de un metro de altura cada uno, apoyados en la montaña sobre su lado izquierdo mientras con el brazo derecho manejaban a un tiempo el lápiz y el libro de notas. En aquellas posturas inverosímiles cualquiera se olvidaba del peligro. Retomando la historia común por los largueros de su escalera, que eran desiguales, colocaron el más largo sobre los extremos y se agarraron a él con cuatro manos. Después por el de abajo comenzaron a cruzar la profunda grieta donde hacían un vértigo las inscripciones, y pudieron llegar a un descanso casualmente preparado entre dos de aquellas frases. La conclusión estaba escondida en un sitio inaccesible. Sir Rawlinson trató de distinguir las primeras letras con ayuda de unos catalejos, y falló, de modo que para acercarse a los últimos párrafos cruzaron por fin a una distancia de seis metros agarrándose con las puntas de los dedos de manos y pies, y llegaron a la pared interior donde estaba cavado el

punto final. Un último problema los aquejó allí, pues en sus forcejeos se había despeñado un bloque de piedra con relieves necesarios para entender la firma, y la fecha... Haciendo equilibrio en el vacío, primero sobre un pie y luego sobre el otro, Flandin descubrió en la argamasa del piso unos signos sobreimpresos, y a continuación Sir Rawlinson sacó un espejo y empezó a copiarlos del revés al derecho, mientras abajo todos los observaban con la respiración contenida. Cuando bajaron, lo principal en sus cuadernos era la historia de tan dura competencia, contada línea a línea de modo que se supiera "a qué castigos deben someterse quienes buscan aquí el placer de la lectura".

**D**e otros métodos daré cuenta sólo a medias, pues empiezo a sospechar que todos estos... eran bastante... para resolver sus problemas, y que ahora mismo, al querer hablar de sus esfuerzos, me estoy haciendo tan... como ellos, lo cual me da vergüenza. Así también yo iba a esconder en algunos sitios su fracaso, dejando borraduras y emulando al pie de la letra el estilo de ciertos gusanos. Por donde llego casualmente a lo que más me divierte: a veces sucedía que pequeños roedores habían atacado las tablillas haciéndole gruesos chistes a los copistas. En Nínive se los contaba de muy distintas clases: unos se limitaban a dar un rodeo a las tablillas, otros no se dejaban engañar fácilmente y las iban devorando, lo que producía limpios agujeros entre palabras, y otros causaban el mayor perjuicio pues recorrían la superficie mutilando líneas enteras, hasta que la tablilla terminaba por quedar como la parte interior de una corteza de árbol, cavada en espiral de modo que copiando alternada una frase con la tercera se alcanzaba más rápido el error. En fin, tanta sutileza debió aplicarse que todos inventaríamos otro feliz método. Digámoslo así: allí en los huecos o blancos importaba saber cómo ellos leían lo que mi pueblo *no había dicho*, y aquí en sus traducciones cómo yo descubriría, un poco por todas partes, lo que estos tremendos... jamás creían haber puesto.

**E**L SITIO A LAS FORTALEZAS. Si digo cómo enfrentaron el tema digo también cómo lo reemplazaron ellos mismos. Limpió Sir Rawlinson las tabletas encontradas por mí y enumeró los instrumentos allí registrados, con los ojos encendidos: máquinas, flechas, fuego en bolas, cosa de mostrar energía en su recuento. Dispuso Flandin la ubicación de los grupos y buscó cubrir en su dibujo toda las estrategias: alrededor de la muralla asiria, y distribuidos de tal forma que unos sustituyeran a los otros para no dar descanso al enemigo. Después la acción tenaz: el bloqueo a las guarniciones para que nadie pudiera entrar o salir, y el embate violento, de día y de noche, de modo que por ningún lado pudieran escaparse sus órdenes de trabajo.

**Si todos estos procedimientos no tienen éxito, y si la ciudad amurallada está sobre un río, lo colman o cavan otro cauce y sumergen a la ciudad si les es posible y, si no lo consiguen, cavan minas bajo ella y entran armados, por bajo tierra: cuando han entrado, una parte pone fuego para quemarla, mientras otra lucha contra la guarnición para destruirla.**

Con las armas que se habían traído, desde la fortaleza de su método atacaron a continuación el tema, lo que les permitió sentirse más seguros en el juicio y más protegidos en lo suyo. Pero cuando llegó el momento del asalto final hicieron

sus frases un tirabuzón, y en esa torcedura se perdieron fácilmente unas y otros sin saber por dónde atar los cabos para recuperar, al menos, el sitio respectivo:

**Si de esta forma tampoco les parece vencer, triangulan tropas y trincheras del través para no ser hostilizados frontalmente de uno y otro lado, y se mantienen en regla durante muchos años, a menos que se les cruce otra escuadra en diagonal, en cuyo caso resisten y hacen un giro de setenta y cinco grados para no ser expulsados (!), sin que nadie sepa dónde ocurrió este cambio de sitiador a sitiado...**

Exasperados con sus propias armas, si no cuento mal un día me pareció verlos destruyendo escuadras, transportadores, algunos compases y todas las reglas de trabajo que tenían.

**Y** bien, leyendo de corrido sus informes asimismo entraba yo en el desliz, pues sin saber cómo ni en qué momento re acomodarme, cuantas cosas son sacaban de mí me ponían fuera de lugar. E igualmente, sin que dieran cuenta alguna del asunto, tal como habían llegado el día de su Navidad todos desocuparían el sitio, abandonando la tierra llena de pozos y rajaduras: un basural. Tan tartamudo iba a quedar Rassam que al instante, y para despedirse, Sir Rawlinson se de volvió por un minuto, a su método cortés, y gritó desde lejos: *nosotros re partimos ya, los objetos, y usted, Rassam, se queda con la enseñanza. Aprenda, pues: que para resucitar y avivarse los pueblos pueden usar de sus muertos, y hacerlos valer en el intercambio*, mientras sólo dejaba en Nínive la visión de los sarcófagos vacíos y las montañas descascaradas. En cuanto a Flandin, él apiló sus bocetos inservibles en la puerta de las letrinas, y para no ser menos agregó con un guiño: *proceda usted con estos papeles, y hágales lo suyo, que a todo se le da uso. "El arte del anticuario..."*, pensó Rassam, y buscando la manera de cumplir con tales consejos allí mismo se obligó a amarillar esos papeles, creyendo hacer buen uso de su entendimiento.

Y como al irse todos del lugar se estaba yendo mi única historia real, decidí esto, pues: que yo debía re tenerla entre mis manos para darle algún fin. De modo que un servidor, Rassam, tomó estos borradores y los llevó a lo alto de los pudrideros, donde en otro tiempo los buitres habían hecho su faena sobre el cadáver de nuestros enemigos. A continuación los unté con lo mío, como me pedía Flandin, y los dejé secando allí arriba, así por tres días seguidos para eliminarles su olor. De vuelta al pie, con mucho pulso cepillé la superficie y los sometí a la humedad de estos sarcófagos, para ablandarlos un poco. Al sexto día acomodé los rollos en unos nichos donde los gusanos pudieran dejar su huella, de modo que la dificultad de lectura volviera más auténtico el documento. Oscurecí luego los ojos, como hacía nuestro Rey, apretando bien el párpado y de pronto los afilé para leer rápidamente todo lo escrito, re cortando mil veces las palabras hasta di vertirme y vaciarme por entero en ellas, de donde resaltó más la acción de los gusanos y el color de las páginas amarilleadas por mi propia... Por fin, para imitar un verdadero original, regresé estos papeles a lo alto de los pudrideros y allí arriba los dejé otra semana completa, buscando reforzar su antigüedad en siete días más. Con lo cual también iba a cumplir lo de Sir Rawlinson pues, sin necesidad de escribir ni inventar nada, valiéndome de tantos rollos fundí la historia de esta gente con la de mi pueblo, y de las dos hice una para simplificar sus errores.